

# EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo... D. Elías Galán, Comercio, 82.

Anuncios económicos.

Se publica los sábados.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.º, decha.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,10
Idem atrasado.....	0,15

Pago adelantado.

## En la Academia de Infantería.

Toledo recobró por unas horas sus antiguos esplendores. En el Alcazar de Carlos I, cuya estatua adorna el alicurioso patio, la bandera española apareció llevada por un sucesor de aquellos que gallardamente la pasearon sobre laureles por el mundo entero. Fué un momento de emoción aquel en que la banda con sus notas bélicas, nos pidió un saludo al emblema de la Patria. Los sables de los Jefes y Oficiales brillaron al sol que acariciaba cariñoso a sus antiguos conocidos de Tetuan, Cuba y Manila.

Allí había muchos Generales que rejuvenecían sus almas con el recuerdo de los días buenos pasados entre aquellos muros, a cuya salida perdieron por la Patria parte de su saugra generosa. Allí estaban agrupados a los lados del trono, innumerables Jefes y Oficiales, tostados sus rostros por el sol de las batallas, y llenos sus corazones del entusiasmo por el Arma, con la esperanza de que en días no lejanos brille la Infantería española en las hojas de la historia con la intensidad de los mejores tiempos.

El Soberano entró en el patio central, ocupado la hermosa tribuna levantada en él, tomando asiento a su lado el Infante D. Fernando y el Cardenal Sancho.

El Director de la Academia invitó al Rey para que descubriera la lápida, pronunciando las siguientes frases:

«Señor: El Arma de Infantería tenía un vivo deseo de que se perpetuara de un modo material (pues moralmente siempre existió en ella) el hecho del cadete Afán de Ribera. La primera que se baste, lo hace heroicamente y muere por su Patria.»

Tan envidiable historia militar, patetizada en esa lápida, queda a la vista para que sirva de aspiración constante de la juventud que se educa en el Alcazar de Toledo.

«La casualidad ha hecho, señor, que el Oficial de Infantería que menos merecimientos tiene, tenga el honor de dar las gracias a Vuestra Majestad y hacerle presente el profundo agradecimiento del Arma.»

En seguida el Rey dió la voz de mando: ¡Presentad armas!, y la banda ejecutó la Marcha Real, a cuyos acordes recorrió el Rey la cortina de la lápida.

D. Alfonso, seguido de su séquito, se dirigió de nuevo a su sitio, pronunciando el Sr. Maura el siguiente

### Discurso.

«Me honra y complace el encargo de Su Majestad el Rey, si acierto a declarar alguna parte, por lo menos, de lo que en esta solemnidad inolvidable me dicta el corazón, que será también leer en el de cada cual de vosotros, porque de la unanimidad tengo plena certeza.»

Glorificando a uno de los héroes de aquella jornada, el cadete D. Juan Vazquez y Afán de Ribera, que tuvo la rara fortuna de depositarse con la inmortalidad en los umbrales de su vida, evocamos una vez más el recuerdo del 2 de Mayo de 1808, que fué comienzo, y también compendio de la guerra de la Independencia. En aquel día, como después en numerosos lances, mostró el pueblo español que no merecía y por ello no sufriría la servidumbre del invasor; acreditó el verdadero amor patrio, que no mide obstáculos, ni cuenta enemigos, que a todo trance afirma su lealtad y una cosa sola conoce por temeraria: es imposible: es la defección.

Individualidades que se destacan sobre un fondo tal de civismo y abnegación sublimes, mercedoras son de imperopero reconocimiento. Habiendo formado muchedumbre los que entonces, a porfía, se juntaron en el merecimiento, tócale a cada uno gloria bastante para que acudan, como vamos, a compartirla y ensalzarla, no ya sus depósitos, sino los pueblos donde nacieron, los Cuernos a que pertenecieron, la nación, toda, cuyo honor salvaron y cuyo suelo redimieron. La Infantería satisface así una deuda sagrada y difunde el noble incentivo en que consiste la mayor excelencia de tan altos hechos. España entera ha de asociarse a esta conmemoración, y el Gobierno pedirá a las

Cortes que el nombre de Jacinto Ruiz sea inscrito en la lápida misma donde fulguraron los de Daoiz y Velarde, pues juntos regaron con su noble sangre la entrada del Parque.

En alzamiento tan hondo y espontáneamente nacional, como fué el de 1808, no podía resultar escasa la participación de la Infantería, la cual, si es dentro del Ejército el arma fundamental, es también en la textura de la nación el mayor y más íntimo contacto de ejército y pueblo. Y en aquella jornada, como en toda aquella guerra mostré la Infantería digna de sus tradiciones, que no sé si cabría mayor encarecimiento. Acreditó las virtudes de siempre, por las cuales merece el amor y el orgullo que tiene puestos en ella el pueblo español.

He dicho las virtudes de siempre, sin dar con esto entrada a la lisonja; porque las glorias de la Infantería nuestra no han sido efímeras reverberación del ascendiente de un caudillo, ni don caprichoso de la fortuna, han consistido en el temple de una raza, acreditado por igual en victorias y reveses, en el apogeo de la grandeza y en los tristes tiempos de decadencia.

Recordad los nombres de los que fueron sus capitanes de Napóles a Lombardia, de Lombardia a Flandes, y ponéos a descifrar el enigma de si la grandeza militar con que esos nombres ennoblecieron la Historia, se asentaba en la calidad de los Tercios españoles ó se comunicó a ellos desde lo alto. Con haber sido los infantes dignos de tales caudillos, tócales honor nunca igualado; y no sé de otra Infantería extraña en cuyas filas aconteciesen como en la de aquellos Tercios viejos que, j-fes desafortunados en el mando, accidiesen a recobrar la perdida autoridad empuñando una pica y entrando en filas y procurando igualar como compañeros a quienes habían sido sus subordinados.

En todo tiempo se han juntado en el infante español la tenacidad austera, que parecía privilegio de quieues ven la primera luz entre brumas, y el ímpetu ardoroso que parece reservado a aquellos cuyas canas acarició el sol radiante meridional. Siempre acreditó una consistencia impavida y señorial, que mientras el arte y las prácticas militares lo consiguieron, hizo de cada peón una personalidad y de cada escuadrón una fortaleza; tal como aquel escuadrón postrero que en Rocroy, acabada ya la batalla, casi evacuado ya su campo, se mantuvo inquebrantable y firme como las rocas entre las deshechas espumas de pasada tormenta, y cuya capitulación hubo de procurar el Príncipe de Condé por separado, como fortaleza sólo expugnable con artillería.

Declinó nuestra gloria militar, no por decadencia de aquella infantería, mas ensalzada de los extraños que de los propios, sino porque vinieron mudanzas en el arte de la guerra y había sonado en el reloj de la Historia la hora otoñal para nuestro poderío político en Europa. En plena decadencia se acreditó muchas veces que conservaba el infante español aquellas altas cualidades, y en el secudimiento nacional de 1808 halláronse vivas, pues eran el nervio y la fibra de una raza.

¡Santa continuidad sin la cual el amor patrio degeneraría en desconsuelo infundido! Esa continuidad, espíritu vital de la nación, aquí ahora, como nunca, se nos representa. Destacase allí la égide del Emperador, bajo cuya potente diestra llegaron a sazón los frutos de la obra iniciada por los Reyes Católicos y por Jiménez de Cisneros, aquel con cuyas proezas insignes está entretejida la aurea historia de nuestros tercios. Conmemoramos en esa lápida la tragedia de 1808. Mirad en torno los rostros de tantos Generales atezados por el ciego de nuestras montañas, tostados por el sol tropical. Y allí en frente, miro yo la joven oficialidad, renuevo de lozanía, y en sus frentes teras, como en un espejo, ve mi esperanza retratada las glorias de ayer, y advirno en sus corazones el aliento que las reproducirá cuando la Patria lo pida.

Noble profesión la que habéis abrazado y desde ahora comenzaréis a ejercerla. Felices vosotros que os toca en el día más crítico y solemne de vuestra carrera beber el alto aliento que solemniza esta ceremonia. Yo os digo que nunca os tengais por mas ni por menos, pero que siempre os tengais por elemento distinto y

singular entre los elementos que integran nuestra nacionalidad.

Si, a la vida, a la prosperidad ó la ruina, a los avatares de nuestra Patria contribuyen, formando ensueños de la Patria misma, el que cultiva las ciencias y el que surca la tierra y el que forja el hierro, y el que administra justicia y el mercader y el braceró; también son vida de su vida los que pugnan por ideales diversos, contrapuestos á veces, como suelen los intereses mismos contraponerse y contender; y tanta diversidad y tanta pugna vivifican y alientan y hacen prosperar la nación, pues aun en los mas apasionados conflictos entre sus parcialidades prevalece un resultado que casi siempre señala un progreso. Pero el Ejército esta fuera de toda parcialidad y de toda injustina discordia; no se puede ni en abstracto concebir la idea del Ejército sino colocada en una sistética y superior categoría de unidad, de generosa y neutra comunidad nacional; de idéntico modo que la Corona, por ley natural erigida en eje y cabeza de las instituciones militares.

Montar al Ejército como factor de parcialidad es sacrilegio, y también es amiboración de su legítima alteza. Aun en aquellos tristes días en que el Ejército necesitaba pugnar contra unas ó otras facciones alzadas en armas, él no significaba un parti lo contrario; servía la causa nacional con toda su generosa amplitud, hasta comprender en el asunto objetivo de sus compañías a los mismos que combatía, pues era español. Hé aquí por qué la Patria y Ejército tiene un solo símbolo, y es la bandera de la Nación; para la Patria y el Ejército no hay sino un solo é indivisible amor en el pecho de los bien nacidos.

Precisamente por ser de este modo inseparable la sustancia del Ejército de la existencia nacional, en él han de quedar impresas las huellas de las vicisitudes de nuestra vida colectiva. Un siglo de discordias civiles, de grandes errores y lamentables desgracias, ha causado en los Institutos militares estragos que á todos imponen sufrimiento y sacrificio, y que requieren el cumplimiento de graves y arduas obligaciones a quienes soportan en los hombros la carga del Gobierno. Ni desconozco los males ni tengo olvidadas las obligaciones.

Mas todo esto incoentivo es para aplicarnos sistemática, ordenada y tenazmente a los remedios, no motivo para ningún desaliento.

Ni es, como puede parecer, tardío acudir a las obras de reparación y enmienda, pues en vano se intentarían mientras las causas originarias del mal subsistiesen. No en vano os he hablado de la natural íntima, indisoluble compeñetración del Ejército con la vida entera de la nación. Ni política militar, ni política exterior, son posibles cuando el espíritu faccioso señorea los pueblos y no se logra la unanimidad nacional sobre los postulados cardinales de su existencia y su porvenir. Dichosamente podemos decir ya que aquel espíritu faccioso, que tantos estragos causó en la pasada centuria, esta abatido. Ciertó es que todavía el tronco hecha brotes amargos; pero esos brotes son de los que ya no florecerán ni fructificarán jamás. La ciudadanía convalescente acabará de sofocar los gérmenes de incoherencia y disolución nacional. Ni puede seguirse verdadera política militar sin una hacienda ordenada y firme. Cada déficit anual autonotado en el lamentable acervo de la deuda pública, representa perder España la potencia de sustentar un Regimiento y un escuadrón. Restaurar la hacienda era primordialísima necesidad para toda renovación de la vida nacional, y uno de sus aspectos significaba restablecer la posibilidad de asiento para una política militar.

Mas todavía hay en el régimen político constituido otra necesidad primaria si ha de ser fructífera esta política; y es la persistencia, la continuidad del esfuerzo en una dirección trazada muy por alto y muy por fuera del alcance de las parcialidades contrapuestas. El asiento, el eje, la sola pero firme garantía de esta sistemática continuidad de una política militar, personificada esta en el Monarca. Su presencia sella mis labios. No puedo decir ahora las esperanzas que creo que en el Rey podemos depositar, porque aún la verdad justiciera debe respetar los recatos de la modestia y esquivar todo vislumbre de lisonja. Vosotros conocéis, todos co-

nocéis bien su amor al Ejército, su vivísima vocación militar. Cillaré, pues; pero no sin recordar un hecho que es notorio dentro y fuera de España. El Rey más de una vez ha probado que sabe recibir impavido la visita de la muerte, aunque le acecha y envuelva en vil confabulación con la alevosía. Vosotros, que sois soldados, pensad cómo la arrostraría viéndola venir en compañía de la nobleza y de la gloria que es como ella suele mostrarse en los campos de batalla.

Al terminar el Sr. Maura su discurso dió un viva a España y otro al Rey, que fué contestado con gran entusiasmo, oyéndose otros al Ejército, a la Infantería y al Sr. Maura.

### Discurso del Rey.

Después de terminar el Presidente del Consejo su discurso, el Ministro de la Guerra, con la venia del Rey, ordenó que avanzaran los nuevos Oficiales.

El Rey, dirigiéndose á ellos, pronunció el siguiente discurso:

Sres. Jefes y Oficiales:

Ya que por dicha mía he tenido la satisfacción de entregaros los primeros reales despachos de vuestra carrera militar, quiero ser también el primero en felicitaros en este día, de hoy en adelante uno de los más memorables de vuestra existencia.

Y a la verdad que pocas ó ninguna ceremonia de esta clase se habrán realizado en circunstancias mas solemnes ni mas apropiadas para despertar en el alma las ideas que deben constituir la base del caracter de todo buen militar.

En este recinto, albergue tantas veces de aquel glorioso Emperador y Rey, cuya eteada contemplamos, que en las puntas de las picas, en las bocas de los arcabuces de los inmortales tercios de nuestra Infantería, pasó triunfante el nombre de España por los ámbitos del mundo, acabamos de descubrir la lápida que perpetua la memoria de otro héroe no nacido en Alcaezores reales ni encambrado á los altos puestos donde las acciones de los hombres brillan y se destacan sobre sus semejantes, pero á quien el sacrificio de la vida en defensa de la Patria ensalza a la región de los héroes. Y hay que convenir, señores, en que la figura del aquel niño, del Cdete D. Juan Vazquez y Afán de Ribera, puede evocarse sin mengua aquí donde flutan los recuerdos del Emperador Carlos V, porque el sacrificio lo ha sublimado la inmortalidad.

Ved con cuánta razón os decía que ninguna ceremonia de esta índole se había realizado en condiciones de simbolismo mas adecuadas á la solemnidad del acto que estamos celebrando. Inmortalidad, gloria, sacrificio. Hé ahí las tres ideas que yo quisiera grabar de una manera indeleble en vuestros pechos. Sea la inmortalidad, sea la gloria el constante anhelo de vuestros corazones de soldados. Vivid, luchad, morid; no conquistadlas; pero no olvidéis que el único camino para lograrlo es el del sacrificio: el sacrificio de vuestra vida cuando la Patria lo exija, el sacrificio de vuestras comodidades, de vuestra voluntad en aras del deber que la disciplina impone.

Y si en medio del combate, á que el sacrificio obliga, sentís á veces flaquear vuestro ánimo, acordáos del Cadete Vazquez y Afán de Ribera. Acordáos de este día; confiad en que, tarde ó temprano, Dios hará brillar vuestro sacrificio y la Patria os lo agradecerá; y tened la certeza de que mientras en mi pecho aliente un soplo de vida, en mi corazón haya un latido, ese soplo de vida, ese latido de mi corazón, será para vosotros, para mis compañeros de armas, que habéis hecho del deber la norma de vuestra existencia.—He dicho.

Al terminar el Rey su discurso fué aclamado.

### Entrega de reales despachos.

El General Primo de Rivera llamó á los nuevos Tenientes, uno á uno, haciéndoles entrega el Rey, en propia mano, de sus respectivos credenciales.

Durante este acto, que estuvo muy lucido, la banda de la Academia ejecutó bonitas piezas.